RESEÑAS

González Torres, Armando. *Eso que ilumina el mundo*. Oaxaca: Almadia Editorial, 2007.

Si bien *Eso que ilumina el mundo* es un libro en apariencia de corto aliento -nada más por su extensión-, no confundiría el propósito sucinto de su autor, Armando González Torres, con la frivolidad de puntadas con la que algunos escritores se amparan al asegurar que sus textos son aforismo y poesía al propio tiempo.

Las licencias son válidas en cualquier ámbito artístico y también es digno de reconocimiento que los cánones establecidos se diluyan ante las cada vez más profusas manifestaciones fronterizas. Pero en el caso de Armando González Torres, su libro no se erige en una diáspora amarfilada. No es tampoco una torre de Babel que postre su lenguaje críptico para escudarse en lo indescifrable. Más bien es un libro en constante tránsito. Navega por la reflexión, es lírico en buen tramo y exhibe con ponderación una risa cáustica. Y, a pesar de no ofrecer los insumos pertinentes para una argumentación lógica de sus posturas -otra vez por su extensión-, su lenguaje es asequible. Dicha movilidad entonces permite lecturas flexibles: ya sea a manera de secuencia (s) o como interpretaciones bifurcadas.

En lo personal elegí un tamiz que sospecho generacional, aunque no lo agotaría en esta tesitura, para entender el libro ensayístico de Armando González Torres.

Me refiero a un marco referencial que, según yo, atraviesa la obra de González Torres. Se trata de un tópico que borda el pesimismo de Armando: un sujeto escindido, roto ante el fracaso explicativo de los relatos modernos. González Torres trastoca categorías del psicoanálisis y de la filosofía, tienta a la ética y le provoca desdén el universo económico. Me costaría trabajo enunciarlo para no volver al lugar común, pero los fragmentos de *Eso que ilumina el mundo* me sitúan en un contexto posmoderno por la carencia de centro, la ironía relativista, la hibridez estilística y la tensión en los procesos identitarios.

Mundano, agrio, el enfoque de González Torres circula en la periferia de este moderno sujeto. Planteemos una serie de ideas con

HPR/104

respecto al sujeto. Quizás uno de los reclamos románticos más elegantes en los discursos audiovisuales sea la pérdida de identidad. Vemos en *Blade runner* la oquedad que genera el vacío de recuerdos. La idea por cierto la espeja con singular regodeo Kar Wai Wong en su *2046*.

En cambio para Armando González Torres la identidad no está esencializada y ni siquiera sus reclamos la vislumbran como un eje de trascendencia, acaso porque los supuestos reclamos tampoco tengan ese carácter para endechar los extravíos.

La identidad no es única sino construida por múltiples rasgos que se suman y cohabitan de acuerdo a las circunstancias. Así el propio devenir temporal borra las huellas que se anclan en Kar Wai y que sufriendamente anhelan los replicantes de la cinta de Ridley Scott.

Se trata de forasteros que rondan el pueblo. Hay desconfianza por las estatuas y las hipótesis. Es la otredad en casa. Dice González Torres por ejemplo:

Apenas he salido de mí y, sin embargo,
he estado tan perdido.

Incluso subraya contrario a un periplo mítico que recoge la trascendencia aleccionante de la vida en la búsqueda interior:

Me aconsejó buscar a Dios en mi propia morada;
no me atreví a decirle que había perdido la llave
en mi última parranda.

En efecto, la fragmentaria de González Torres rechaza los sistemas cerrados del pensamiento que no admiten el accidente ni los claroscuros. Basta con la aristocracia literaria para que matice esas simplificaciones teóricas y filosóficas en torno al hombre.

Ya es larga la tradición aforística y sin embargo González Torres irrumpe por medio de trazos con una lasitud sorpresiva y paradójica como si tuviera un dispositivo de relojería: barroco y vigoroso pero sin aspavientos. Sí, la misantropía que cruza entre los relampagueos de

HPR/105

Armando no encuentra aires maximalistas. Me agradan sus puntos suspensivos tanto en la forma como en el contenido. Formalmente no se regodea como juez sintáctico y sus contenidos no intentan quebrar al enemigo, que insisto, no está fuera sino en casa.

Los fragmentos de González Torres festejan, claro está, la parquedad. No insinúan el ocaso de la prosa a pesar que vivimos una época en donde la elipsis se ha adueñado de los lenguajes: mercadotecnia de 40 segundos e historias del corazón musicales en tres minutos.

El mundo elíptico de *Eso que ilumina el mundo* evidencia el fallo de la verborrea como sistema ideológico y reafirma en todo caso las posibilidades laberínticas de la duda.

Asimismo es un invitado implícito el espíritu cioranesco en este desfile anárquico, sobre todo si consideramos el capítulo de los “Siete pecados que he cometido”, pero me arriesgaría a señalar vasos comunicantes con los poemínimos de Efraín Huerta. González Torres escribe: “Detesto al que fui hace media hora”. Más adelante en “Yo mismo” redacta con el filo negro huertiano: “Cuanto más me conozco, menos me quiero”.

Esta sonrisa de Mona Lisa también la equiparo a un esgrimista como Chesterton. El escritor inglés visibilizaba con inteligencia los límites de los paradigmas; decía Chesterton: “El arte, como la moral, consiste en pintar en algún lugar la raya”.

Estos guiños a su vez fragmentarios sirven para celebrar el nuevo libro de Armando González Torres, ocupado por esa fractura existencial con peculiar sentido del humor: “En mi interior habitan un ciego, un sordo, un mudo y un constipado”.

Raciel D. Martínez Gómez
Ciudad de México